

# PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 22 / Noviembre 2020

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



# PIROCROMO

## Revista estudiantil

Número 22 / Noviembre 2020

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

### DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González  
*Rector*

Mtra. Ana Luisa Topete Ceballos  
*Decana del Centro de las Artes y la Cultura*

Dra. Adriana Álvarez Rivera  
*Jefa del Departamento de Letras*

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera  
*Director General de Difusión y Vinculación*

Mtra. Martha Esparza Ramírez  
*Jefa del Departamento Editorial*



Imagen de portada:  
*Esperando Sanar*  
Mr. Pulp

### PIROCROMO

#### *Editora:*

Edna Rubí Sánchez Álvarez

#### *Editor adjunto:*

Daniel Isai Mata Velázquez

#### *Consejo editorial:*

Alejandro Román de la Torre

Aurea Ariel Ávila Macías

Fanny Jacqueline Rubalcava Terrones

Javier Ojeda Ojeda

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Luis de Jesús García Oviedo

María Daniela Ambriz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Morales

Misael Alejandro Delgado González

Natalia Montserrat Luna López

Sara Yatziri Ayala López

Valerie Anaya Ruiz Esparza

#### *Diseño gráfico:*

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

#### *Contacto:*

[revistapirocromo@gmail.com](mailto:revistapirocromo@gmail.com)

<https://www.revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo/index>

<https://www.facebook.com/pirocromo>

<https://instagram.com/revistapirocromo>

<https://twitter.com/PIROCROMO>

\*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

# ÍNDICE

Editorial

5

**Dossier Enfermedad**

## > ENTREVISTA

**Cambiando como las piedras.**

Entrevista con Arely Jiménez

Consejo Editorial

17

## > NARRATIVA

**Tripas**

Praxedis Balboa

7

**Big crunch**

Omar Cancino Robles (Omar Afuera)

10

**Saliva**

Alberto García

30

**Tercer tercio**

Mariana Viveros Ventura

32

**Cuando La Muerte visita**

Enma Ai

42

**La heredera**

Nitzhui Morales Pineda

46

## > POESÍA

今際の子 [Imawa no ko]

津島織田 [Tsushima Oda]

12

**El vacío brilla**, Arely Jiménez

28

## > ENSAYO

**Enfermedad y parábola o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la pandemia**

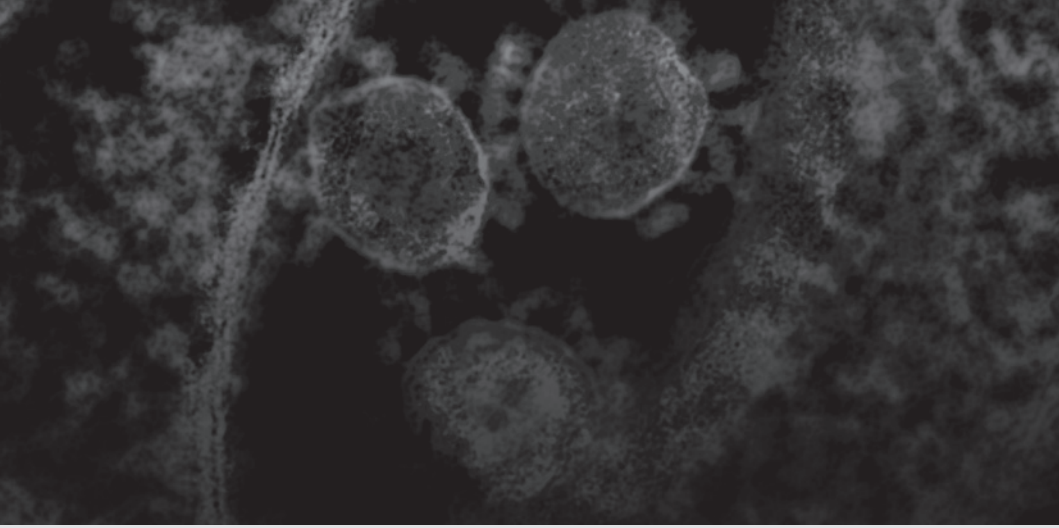
Jesús Ernesto Macías Gil

37

## > IMÁGENES

**Índice**

52



## EDITORIAL

La vulnerabilidad del ser humano es una condición de la que se habla con recelo, confrontarse a ella, sin duda alguna, no es tarea fácil. Sin embargo, las personas enfermas se ven obligadas a confrontar el mundo inexplorado de sensaciones que un padecimiento trae consigo, a reconocer la fragilidad del cuerpo y la mente, a reflexionar en torno a su futuro y a las posibles consecuencias, a veces, fatales. La persona enferma se enfrenta a un sistema que le exige al ser humano la mayor capacidad de producción y trabajo posible, y al verse inhabilitado para cumplir con los estándares de productividad, debe estar siempre “agradecido” con ese mismo sistema que la estigmatiza, por otorgarle los servicios necesarios para continuar con vida.

Lamentablemente, poco se reflexiona al respecto cuando nuestro estado de salud es favorable; se le exige a la persona enferma transitar por ese camino en silencio; hasta en la literatura hay aún pocas voces, que apenas y resuenan, para acompañar al paciente.

Es entonces necesario hacer una apuesta por la literatura como un camino nuevo para que el paciente pueda hacer frente a la vulnerabilidad y se deje atravesar por el sufrimiento; para desafiar a través de ella la visión estigmatizada del padecimiento; y para que pueda reclamar su voz y su derecho a la identidad más allá de su enfermedad.

De esta manera, los siguientes textos e imágenes dan cuenta de un proceso de recuperación de una voz negada. Ahora es cuando las personas enfermas, sus familiares, sus amigos, el cuerpo médico y otros involucrados se apropian de la palabra como una forma de llevar los padecimientos. Es el momento de hablar de la *Saliva*, de *Tripas*, de *Cuando La Muerte visita*; de la pandemia, de cuando se hereda un cuerpo enfermo, de la literatura de la enfermedad; hasta de una “simple” gripa.

Finalmente, que este espacio permita, a quienes perciben la enfermedad desde fuera, reconocer la deuda con los pacientes, desde la empatía y no desde la lástima, de forma que todos aquellos que se ven obligados a enfrentar un estado patológico tengan en la literatura una oportunidad de reclamar su derecho a la normalidad, a la identidad y a una vida digna.

*Rubí Sánchez*



# Tripas

Praxedis Balboa

*Médico interno de pregrado IMSS*

**M**'ijo, tenías las orejas grandes y las manos callosas. Eras un muchacho alto con la energía de un toro macizo, y apenas ibas a cumplir catorce años. El más chico de los cuatro y el que más chinga se arrimaba cuando había que sembrar el temporal. De los más grandes del rancho. Problemático para terminar la secundaria. La dejaste para seguirme los pasos. Hay quien nace para llenarse de tierra y yunta. Tu madre tenía otros planes para ti, fuera del rancho, de la friega, pero fue necesario. Tus hermanos se fugaron correteando los billetes verdes, dejando las pacas de alfalfa y rastrojo, por un sueño del que sabrá Dios si ya despertaron, y si no, tal vez te los encuentres.

Algo se me atora cada vez que entro a verte, siempre a medio día, a la hora de las visitas, ahí me tienes parado afuera, poniéndome el disfraz, lavando las grietas de mis manos. Porque ahí no debe entrar uno mugroso. Tu madre también quisiera verte, pero no lo soporta, prefiere pensar que estás dormido. Le he explicado que lo estás o que eso parece. Que estás profundamente dormido, soñando.

Me lavo las manos y me acerco a ti, no puedo tocarte, no sé si está permitido. Trato de no moverme, de no respirar fuerte. No sé si pueda hablarte. Me muero de ganas de hacerlo, ignorar tantas máquinas y hablarte. Ayer soñé que despertabas, que alzaba la voz sólo para escucharme entre tanto alboroto de máquinas y tubos, y gritaba: “¡Méndigo orejón!”, y pelabas los dientes, como cuando montabas a la Paloma. Quién sabe qué le pasó aquel día y aquí nos tienes.

En el rancho rezamos todas las noches un rosario y en el templo te hemos ofrecido todas las misas de seis sin falta. Tu madre quiere irse caminando hasta San Juan como cuando tu hermano de en medio nació de siete meses y lo dábamos por muerto. Ahora él está en el norte,

buscando mejor suerte. Si lo ves pasar entre sueños, dile que lo extrañamos. Tu madre aún no lo sabe, pero a mí ya me cayó el veinte, te estás apagando. Justo ayer noté cómo se marchitaban tus pestañas. Se han ido despegando una a una, como si estuvieran contando tus días, y tus ojos siempre cuajados mirando al techo, sin parpadear.

El otro día me sacaron de la sala para platicar conmigo, lejos de tu cama. Después de todo sí puedes escucharnos. Me han mostrado tus estudios y no sé cuánto más. No entendía nada hasta que uno de ellos me enseñó un papel a rayas que dibuja tu sueño, en lo más profundo de tu cabeza, entre esas orejotas, un papel que dice que estás soñando para nunca despertar, entonces entendí que no vas a regresar. Me pidieron disculpas mientras me acercaban los papeles, me dijeron que estábamos a tiempo, que podías ayudar a diez personas o más y ¿cómo no?, si eres un pelado correoso y bien comido. Me explicaron las posibilidades, me dijeron que tus órganos están en buenas condiciones, que por tu edad podían utilizar hasta tus ojos, que ya había una persona en Guadalajara lista para recibir uno de tus riñones y que el otro no tardarían en acomodarlo, que sólo faltaría la firma de nosotros. Sentí agruras y la saliva espesa, difícil de pasar. ¿Qué diría tu madre? ¿Qué diría la gente, tus amigos, si yo permitiera que sacaran provecho de esa manera?

“¡Ni madres!, mi hijo me lo dan entero y así entero me lo llevo al rancho para sepultarlo completito”, pensé sin darles respuesta y aguantándome unas lágrimas que llevaba guardadas desde hace varios días, se me juntaron en los párpados para no dejarme ver. Ahí estaban los papeles sobre el escritorio y los de las batas blancas no dejaban de insistir. Mientras tú te hinchabas poco a poco en la cama, tus tripas se llenaban de agua, éstos ya te tenían repartido, que dizque para ayudar a otros que a diferencia de ti podían salvarse, porque tú ya no tenías remedio.

Pero tienen razón, tú necesitas viajar ligero, aun cuando en los sueños uno pesa lo que una pluma, es necesario que no cargues nada. Si quieres alcanzar a tus hermanos, tienes que andar rápido y lo harás mejor sin todas esas tripas hinchadas. Si los encuentras, diles que tu madre los extraña, que todas las noches tiene prendido el cirio y que nomás está esperando verlos cruzar la puerta para preparar un desayuno de frijoles y huevo con chile y unas rebanadas de queso fresco con muchas tortillas, como antes de que se fueran a soñar... Corre y alcanza a tus hermanos, diles que estamos bien, diles que tú también estás soñando y que viajas ligero para ya no despertar.





*Asfixia*, Sarahi Abigail Villalobos Pérez.

# Big crunch

Omar Cancino Robles (Omar Afuera)

*Lic. en Música UG, 2º semestre*

Lupe vomitó un universo en el baño. Planetas y estrellas y lunas y deudas, recibos, presiones, política, separaciones, disputas familiares, la chamba, el posgrado, la comida china recalentada; todo quedó entremezclado como un caldo cósmico y primigenio en el inodoro; resintió las arcadas y su cabeza estalló en una fiebre como supernova. Al fin, Lupe le bajó al baño.

Lupe traía en el estómago, formándosele desde hace años, un malestar como un punto en que todo se encuentra, queriendo expandirse de golpe en su cuerpo. Esperaba la jubilación a ver si así se le disipaba el pesar superdenso, pero hizo *big bang* una tarde de viernes después del trabajo.

Lupe se preguntaba si era dengue, o COVID, o el estrés, mientras sus tres hijos, espantados y confundidos por la agonía de su madre de no soportar la expansión acelerada que le pasaba en el cuerpo, seguían torpemente las instrucciones que ella daba entre quejidos, y llamaban a quienes se les ocurría. Era presión alta. Lupe se tomó una pastilla, y otra, y otra, para el dolor, pues, y poco rato después se durmió sin cenar, con un trapo mojado en la frente, con la cara roja, la panza revuelta y las lágrimas secas.

Lupe habría de volver a escupir la creación a las tres de la mañana. Bueno fuera que en realidad se hubiera ido por el caño algo más que saliva y jugos gástricos, pues a la mañana siguiente, a Lupe se le volvieron a comprimir las tristezas. Se despertó, tan sólo unos minutos después de su hora habitual, se puso el uniforme y se fue al trabajo, que si pide el día le quitan sus bonos, y es que, por contrato, no se le permite faltar por andar vomitando universos.



*Hanahaki*, Rosalinda Arévalo.

# 今際の子 [Imawa no ko]

津島織田 [Tsushima Oda]

*Lic. en Lengua y Literatura de Hispanoamérica UABC*

Padre, yo creía que cambiarme las prendas era morir  
yo fui el niño que cambiaba sus prendas con el día.

Hay horas del día en las que todo duerme en el corazón  
y sueña,  
eso duele.

Yo conozco la causa de mi malestar  
tremolo  
mi corazón se enferma.

*Madre, ven a levantarme la voz*

yo sé que la muerte acaba.

Yo nací un día en que las formas humanas  
se golpeaban

la sangre de mi padre  
la sangre de mi madre  
no hacen la sombra de mi cuerpo  
no importa la sangre  
importa la sombra que sostiene a mi cuerpo

cansa haber nacido y vivir tantas veces  
cansa vivir con tantos nacimientos.



Mi corazón se abre a la voz humana:  
padre, ¿cómo alivio el cuerpo extenuado?  
Mi corazón cambia  
yo cambio mis prendas con el día.

Decir que el cuerpo se cansa  
en cada una de sus capas  
¿era esto un árbol que nacía?  
Decir tan sólo que resulta necesario.

*Madre, ven a levantarme la voz*

Si en un abrazo descanso del cuerpo  
descansa el cuerpo de su sombra;  
madre, la sangre no importa  
importa la sombra que sostiene a mi cuerpo

y esta forma extenuada humana  
y esta forma entregada al cuerpo  
y a su sombra.

Padre, la sangre no importa  
importa la sombra que sostiene a mi cuerpo  
importa no bajar la guardia y recordar.

Padre, ante el silencio de lo que espera  
él siempre, el mismo corazón,  
el de estar vivo con la máscara y la sonrisa

aquí, de mi lado,  
ha sido el lugar para la llegada.

Pasa  
pasa el niño con el perro.  
Pasa  
paso con la sombra al medio día.  
Pasa



*Historia de una pandemia, Diablo.*



Madre, yo nací  
con el cuerpo  
con la sombra  
extenuados.

Tan hermano soy del hombre, madre,  
pisco la flor para recordarme niño  
tan hermano soy del perro, del pájaro...

Yo quisiera llorar como si alguien  
hubiese muerto  
quisiera sentarme a llorar, pero olvidado.

Tan hermano soy del hombre, madre,  
tan hermano soy de algo fenecido  
vengo  
y en lugar de llanto  
humano, soy alguien que sonrío.

Ocurre pues, padre, que mi corazón cambia  
golpea las formas  
golpea al cuerpo  
a esto viene que estoy pegado a mi sombra  
la que me sostiene  
la que me resiste humano.

Ha sido así desde entonces:  
alguien insuflado por la infancia.

Vivo, amigo, equivocadamente  
pero he sido así, yo, el hijo desnudo  
«sin» cuerpo

el corazón golpea las formas  
que me asisten  
el hijo, hermano, soy yo  
hasta morirme

¿el océano golpearía mi corazón  
hasta reventarlo?

¿En dónde vivimos mi amigo y yo, madre?  
Eras el niño a la orilla del árbol  
¿cuántos hijos habías soñado  
que las olas te golpeaban?

Muramos, madre, que eras tú el hijo

¿Qué hermano?  
¿Qué amigo?  
¿He sido el padre?

Pienso que soy mi propio hijo,  
pero no he sido la madre  
no soy nada más que el niño, padre,  
que se cambiaba las prendas  
varias veces al día.

## **Epílogo**

Cuánto pesa el corazón, amigo,  
yo quisiera comparar el peso  
de mi cuerpo  
con la mariposa en primavera.

Muramos, madre,  
con el peso de la sombra  
con los dedos aguantando  
el corazón.

# Cambiando como las piedras.

## Entrevista con Arely Jiménez<sup>1</sup>

Consejo editorial



Foto por: Consejo editorial.

*¿Cómo se puede abordar la enfermedad en la literatura, es decir, cuáles son las bondades y dificultades de condensar en la poesía los diversos sentimientos más allá del dolor físico y mental que ésta suscita?*

Bueno, a esta pregunta te voy a responder con algo que decía Virginia Woolf, porque ella es de las escritoras que más analizó la enfermedad en la literatura, de hecho, ella consideraba que debía ser uno de los grandes temas de la literatura como al igual que el amor y la muerte.

Decía que, si estamos tristes o estamos enamorados, podemos leer, no recuerdo ahorita qué poetas dice ella, creo que me parecía que era a Shakespeare y al otro no lo recuerdo, pero cuando estamos enfermos, ¿a quién leemos?, ¿no? Entonces éste ha sido un tema tabú, un tema que incluso causa pena a veces, porque hay una tendencia a considerarnos exagerados y dramáticos si hablamos abiertamente al respecto; pero la poesía viene a ser una forma en la que se catalizan los sentimientos y el estrés que produce un estado de extrema vulnerabilidad como es el de la enfermedad.

Yo soy de las partidarias de que escribas sin penas sobre tu dolor, ya sea físico o mental, aunque la literatura no tiende a ello; de hecho, por

<sup>1</sup> Aguascalientes, Aguascalientes, 1992. Poeta, feminista y paciente renal. Recientemente publicó el poemario *Madre Piedra y otros poemas*. Le gustan las jacarandas.

eso digo que es un tema marginal y es un tema que no se ve mucho en la literatura como tal, porque hay como un estigma sobre hablar abiertamente de tu dolor, ¿no?, es como “¡ay, pinche exagerado!”.

Hay un artículo, ahorita no lo recuerdo, pero hablaba de cómo estos géneros que tratan el dolor tan directamente, sin filtros y sin la forma literaria, renuevan los géneros literarios, por ejemplo, con poemas sobre la muerte de alguien, poemas que son elegías, como viene a ser el de *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*; éste es un poema que incluso el mismo Sabines dice: “esto no es un poema”, ¿no? Entonces, rompen con las formas literarias y la misma literatura porque el dolor se desborda o hay una sección de la misma literatura que ve con prejuicios este tipo de construcciones que no son consideradas del todo literarias, y es algo que apenas se ha comenzado a mover por ahí, porque están, por ejemplo, muchos libros que han surgido con poéticas de la enfermedad, pienso en esta chica, Iveth Luna, que escribió el de *Comunidad terapéutica*; hay otro chico que también ganó un premio nacional de los Tierra Adentro, me parece, que escribió *El libro de la enfermedad*; entonces como que apenas se está moviendo un poco esto y por supuesto, pues el que es más visitado de la literatura mexicana, por ahorita, es este hombre que escribió *Poesida*, Abigael Bohórquez; y también está este chico que se murió en el 2014, escribió *Operación al cuerpo enfermo*, era un chavo que tenía cáncer.

Entonces apenas está despuntando este género, o sea, de Abigael Bohórquez a este chavo Sergio Loo ya hay como menos resistencia a no creer que hablar de la enfermedad, y desbordándote con el dolor o demasiado directo, pues sea malo, ¿no? Que Sergio Loo en su novela tiene una construcción muy mesurada, pero lo sigue siendo, vaya, hasta él dice que su médico no le pudo decir que tenía cáncer y cosas por el estilo. Entonces, como que de Abigael Bohórquez a Sergio Loo ya hay más aceptación de este tema, ya apenas se está incursionando más en la literatura canónica, creo yo. Y también mi libro yo siento que viene a ser un referente más de cómo el tema de la enfermedad está saliendo a la luz de la literatura con todo y sus excesos.

Hay otro libro que se llama *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion, y ella también te platica de cómo hay cierta tendencia a que la literatura sea así formal. Y muchas veces es como reconocer la misma humanidad del escritor, por ejemplo, si es una persona que está enferma, pues es normal que hablemos de ese tema porque es algo que nos está atravesando. De hecho, en la literatura de la enfermedad puedes

encontrar dos ramas: una viene a ser escritores que en sí no están enfermos y abordan el tema de la enfermedad porque lo vivieron de manera cercana, algún familiar o algo así; y otros ya son escritores que sí están enfermos y están reflexionando desde la trinchera de la enfermedad, la enfermedad misma. Por ahí están escritores como Óscar Hahn, está Chantal Maillard, que ella también habla sobre eso.

Ya hablando desde mi experiencia personal, yo empecé con la escritura de diarios, desde que me diagnosticaron ya hace seis años, y pues muchos de los poemas que están en mi libro son extractos de mi diario porque era como el espacio donde yo podía escribir, reflexionar, pensar, y ya después fueron más trabajados, más pulidos, pero iniciaron de esa manera; o sea, empezó como una manera en la que yo escribía, a veces escribía en el hospital, escribía llegando de urgencias y pues, más que nada, era como esa necesidad de comunicar algo que pocas personas podían entender; porque otro escritor que a mí me gusta mucho leer, un escritor que se llama David Lebor, te explica cómo el dolor es la zona cero, el espacio sin lenguaje, diría Enrique Lihn, que es un poeta chileno que vivió la enfermedad y escribió directamente sobre lo que era vivir con cáncer. Y pues, no hay lenguaje, las personas te pueden ver sufriendo, pero no pueden entender lo que tú sientes, entonces la escritura era una forma de llevar esas emociones, y sobre todo la poesía, que tiende a la belleza, llevarlas de una manera que las personas no lo pudieran rechazar tan fácilmente. Porque ése es el arte del poema, puedes estar hablando de algo muy triste, pero hay cierta belleza en él que hace que las personas no lo rechacen a la primera, porque si eres muy directo, las personas suelen rechazarlo; entonces, en la poesía puedes seguir siendo directo, pero de una forma en la que lo sublimas y permitas que las otras personas se conmuevan.

*¿Cómo crees que afecta en la producción lírica y en general literaria la percepción social del enfermo? Considerando todos estos autores que mencionas y también tu poema “El enfermo debe callar” incluido en tu libro Madre Piedra y otros poemas.*

Ése es uno de los poemas que más les gusta a las personas. Lo que pasa con la enfermedad es que las violencias que viven las personas enfermas todavía están muy normalizadas, o sea, por ejemplo, ahorita alguien ya reconoce que si su marido no le quiere pagar pensión a sus hijos o cosas así, es algo violento, ¿no? Y pues aquí todavía está en

un ámbito muy privado la enfermedad, todavía no se analiza desde el ámbito público y hay muchos aspectos que no han salido a la luz, que siguen siendo secretos familiares. Yo estoy utilizando un poco la violencia machista para entender un poco cómo funciona la violencia en la enfermedad; por ejemplo, si una persona está enferma, su familia difícilmente es receptiva, depende mucho de cómo es la familia, si es funcional o no su dinámica familiar. Entonces, hay veces que si estás inmerso en una dinámica familiar disfuncional donde tal vez hay personas con trastornos severos, que incluso las incapacitan para poder relacionarse sanamente con otras personas, pues una persona enferma viene a ser un elemento vulnerable, débil y que va a ser el blanco de sus ataques constantemente, y más porque estás en un estado en el que necesitas el apoyo de otras personas para poder seguir vivo, entonces, como quien dice, se pueden aprovechar de eso, así como de “más te vale que me trates bien y que me aguantes, porque tú dependes de mí”. Entonces, ese estado de dependencia involuntaria en el que te pone la enfermedad te obliga a ser de ciertas maneras, a tener un *deber ser* como enfermo, así como hay un *deber ser* como mujer, hay uno como enfermo: ser agradecido todo el tiempo, no ser tan directo, no exhibir tu dolor, no mostrar enojo; casi tienes que ser un Buda, mostrarte siempre pacífico y amoroso ante las personas.

Y bueno, a la larga entiendes que es mejor evitar mostrar o trabajar de otra manera tus sentimientos, pero sí hay como ese *deber ser* de ser muy agradecido, ser siempre positivo, ser guerrero, ser luchón, y pues no siempre vas a sentir el ánimo de querer luchar, y es algo que ya está comprobado, que la imagen de guerrero de los enfermos es una forma en la que se le quita el foco a otros elementos que tienen más peso para cambiar la situación de una enfermedad.

O sea, por ejemplo, aquí en la enfermedad renal, si se legislara a favor de la donación de órganos, o la misma sociedad reflexionara más sobre la donación de órganos, muchos enfermos ya podríamos estar trasplantados. Pero existe esta idea de ver nada más la responsabilidad que tenemos nosotros como pacientes, enfocarse en que nosotros seamos luchones y guerreros, y no se ve lo que no están haciendo otros elementos en la ecuación. En este caso vendrían a ser los gobiernos, los institutos de salud y la sociedad. Son temas tabús, que no se pueden tratar fácilmente, y creo que una forma que he encontrado para hablarlos ha sido la poesía. Entonces como que de entrada sí hay una idea de esperar que una



persona enferma no sea muy directa, muy ruda, se diría grosera, incluso el que seas asertiva para transmitir lo que sientes y piensas.

*Respecto a tu poemario Madre Piedra y otros poemas, ¿cómo nació la idea de una amalgama entre la madre y la piedra? En general, ¿cómo ha evolucionado tu visión de la enfermedad renal desde que lo escribiste?*

El poemario de *Madre Piedra* está conformado por dos secciones, bueno, al parecer son tres, tiene un epílogo donde intenté unir los otros dos libros, pero en esencia eran dos libros totalmente diferentes, uno era este poemario sobre la maternidad que es muy fuerte, o sea, muy difícil, incluso; y el otro ya es el de la enfermedad. Y la idea de la piedra viene a ser por José Revueltas, hay un cuento de él en el que usa la imagen de las piedras para decir que éstas tardan mucho en cambiar, y a mí eso me llevó a pensar mucho en la relación que yo tenía con mi mamá, que era muy complicada, siempre estábamos en tensión continua, y veía que no podía cambiar ella, entonces de ahí vino la imagen de la piedra, porque me hizo pensar en ciertas ideas, ciertas construcciones que hay en las personas que las traen arraigadas desde hace siglos y que no se pueden cambiar, o sea, sobre todo, ya pensando no tanto en la persona, sino en la maternidad de manera conceptual, pues es todo un rollo. Es un tema que no he tratado sólo yo, sino que también lo abordó de manera muy chida Esther M. García con un libro que casi se llamaba igual que el mío, y me sorprendió que las dos escribimos sobre lo mismo al mismo tiempo y nos quejábamos de que nos costaba relacionarnos con nuestras mamás, porque veíamos que no nos trataban de una manera más bonita; como que todas esas ideas que te implantan de la maternidad... tienes que hacer todo un trabajo de deconstrucción, porque luego te das cuenta de que eso de exigirle a tu mamá que sea de cierta manera viene a formar parte de estas ideas machistas que hay sobre la maternidad.

Yo cuando escribí la parte del poemario de la enfermedad, fueron poemas que se gestaron alrededor de cuatro, cinco años aproximadamente, pero la mayoría de ellos se escribieron en los primeros dos años de mi diagnóstico, y yo sinceramente estaba en pre-diálisis y pues era una persona que todavía no estaba tan habituada a estar en el hospital, que sólo necesitaba hacer una dieta y tomar pastillas para mantenerme bien, pero ya ahorita que atravesé la diálisis peritoneal, que atravesé la hemodiálisis, que me ha tocado vivir muchísimas experiencias corpora-



*Inmunidad*, Grecia Gabriela Perales Pablo.

les, incluso dejé de caminar un tiempo, se me fue agua a los pulmones, ahorita todavía los tengo lesionados, no respiro bien, ya es una visión totalmente distinta, es de verdad otro enfoque, porque, ¿cómo te lo puedo decir? Cuando estaba sana tenía energías para lamentarme de mí misma y poder escribir poemas, y ahorita que estoy pues ya en la fase terminal de la enfermedad, que ya no tengo tanta energía como para eso, creo que los poemas que podría escribir sobre mi enfermedad vendrían a ser más parecidos a un poema que me gusta mucho de Óscar Hahn que se llama *El doliente*, y son poemas como más positivos.

Es bien irónico porque cuando yo estaba relativamente más sana, escribía poemas más dolorosos y como tristes, y ahora que estoy más mal de salud, los poemas que se me ocurren al respecto tendrían un tinte más positivo, más tranquilo, y quizá hablar de la muerte pero de una manera más reposada, porque ya una vez en sesión casi me morí, y tan sólo antes de la presentación de mi libro estuve en coma como tres días, entonces una vez que lo vives, lo asimilas, como que te da un golpe de humildad súper cañón. Entonces, creo que sí cambiaría radicalmente mi poética después de haber vivido todos los procesos físicos, la diálisis peritoneal, peritonitis, las colocaciones de catéter, la infección en mi catéter...

Me ha pasado que la gente te quiere ver triste, o le da lectura de tristeza a todo lo que haces, porque hay veces que ya aceptaste tu enfermedad y ya estás en un contexto distinto, en una lectura ya distinta sobre ella, y hay ocasiones que pongo chistoretos o cosas que me dan mucha risa en *Facebook* y la gente le pone “me entristece”. O sea, no todo es triste, yo ya lo veo como algo normal.

Un proyecto que yo tenía de libro que todavía lo quisiera escribir cuando tenga energía era hablar de la enfermedad en sus contextos normales, o sea, siguen siendo personas las personas enfermas, ¿no? Por ejemplo, había un poema en el que quería hablar sobre, no sé, que los chavos enfermos de insuficiencia renal se seguían enamorando o que encontrabas placer en cosas pequeñas. Como transmitir esa nueva normalidad que es estar enfermo, porque sigues estando bien, sigues siendo una persona como cualquier otra, nada más con ciertas condiciones de vida un poquito más señaladas.

Yo he tenido que encontrar la manera de hablar de mi enfermedad de manera efectiva, para que las personas puedan leerla y aprender al respecto, pero hay veces que muchos poemas del libro los escribí de una sola emisión porque era lo que sentía. A mí me gusta mucho una

poeta, Ida Vitale, ella decía que era poeta por flojera, porque un poema se puede escribir en una sola emisión. De hecho, yo lo que más escribo es poesía y lo que más leo es poesía, por lo mismo.

*Sobre la idea de usar el arte, o en tu caso, la poesía como terapia, ¿cuál ha sido tu experiencia tanto personal como impartiendo talleres de poesía?*

Yo impartí un taller que se llama “La patografía en primera persona”, nada más lo he podido dar una sola vez, fueron como unas cuatro personas, no todas eran pacientes, una de ellas era una enfermera, y los ejercicios vienen de poemas que yo había leído y que me hacían pensar en re-abordarme. Porque creo que cuando una persona recibe un diagnóstico de una enfermedad, muchas veces pasa que tu identidad se pierde, como que adoptas por entero el de la enfermedad, y de hecho a mí me pasó eso cuando recién empecé, como que ya te defines a partir de tu enfermedad y una forma en la que pude volver a mí fue a partir de la escritura y de la lectura; entonces ésa era un poco la finalidad del taller: hablar de mi enfermedad, pero desde mí, o sea, seguir siendo yo.

Hubo varios ejercicios, sobre la indagación del *yo*, por ejemplo, había uno que a mí me gustaba mucho inspirado en Nicanor Parra, ya que él escribía muchos anagramas, entonces yo se los pedía a los pacientes y les decía: “Yo cuando escribí mi anagrama, apareció la palabra *renal*”. Entonces les contaba que a veces como que tu propio nombre es como destino, de hecho los griegos creían eso, que las personas cuando eran nombradas ya venían con cierta información de su destino y, esto igual no es tan en serio, pero la literatura es lúdica, te permite jugar, indagar, y fue muy bonito porque hacía este otro ejercicio inspirado en lo que hacen los curanderos prehispánicos para sanar a una persona, que es llamarla por su nombre, porque ellos creen que cuando alguien enferma, su alma se sale de su cuerpo y se va a guardar a un paisaje con su guardián natural, que puede ser un río, un monte, entonces lo que hace el curandero es decir tu nombre a los cuatro vientos, tu verdadero nombre, para que vuelva tu alma y te cures. Entonces yo juntaba esos dos ejercicios, los ponía a que encontraran las palabras que podría haber en su nombre, escondidas; luego, los ponía a imaginar dónde podía estar guardada su alma y a que la llamaran para que volviera. Y así hubo varios ejercicios que vienen de lo que yo leí durante muchos años, y fui como experimentando, jugando yo sola para reinventarme desde mi enfermedad.

Había otro ejercicio inspirado en una poeta que yo admiro muchísimo que se llama María Mercè Marçal, que es una poeta que tuvo cáncer, y pues, era hablarle al cuerpo, entonces era un poema en el que dice: “Cuerpo mío, ¿qué cuentas?”, y era una forma en la que decía: “te cuento que –por ejemplo, yo en mi estado de salud actual– mis pulmones ya necesitan rehabilitación para seguir funcionando, mi clavícula se quedó con una bolita en medio...”. Son formas en las que puedes como hablar sobre lo que estás atravesando corporalmente.

Y pues, fueron varios ejercicios, también hubo otro inspirado en un poema de Sabines, porque ha sido uno de mis poetas favoritos toda la vida, siempre ha tenido un poema para mí cada vez que he pasado por algo cabrón, cuando se murió mi papá ahí estaba leyendo su poema de *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, y cuando me enteré de mi enfermedad, me encontré un poema suyo en el que habla de la enfermedad, de hecho los primeros versos dicen algo así como “La enfermedad viene de lejos” y el poema intenta recordar como a los hechizos, a los encantos, que de hecho los poemas nacen, eso ya lo dijo Zurita me parece, los poemas nacen precisamente de los encantos y de los embrujos, ¿no? O sea, vienen heredados de ahí, es una forma en la que estamos tratando como de protegernos todo el tiempo; y ese ejercicio estaba inspirado en ese poema de Sabines que parece como un embrujo, porque incluso viene con frases muy extrañas y en parte también en lo que señalaba Zurita.

Y así, fueron cosas que yo fui leyendo y que les fui dando sentido a partir de mi enfermedad, me ayudaron para armar este taller y fue una experiencia muy bonita dárselo a otros pacientes. Porque de hecho vino un paciente, no sé, típico macho, así que en su vida le había tocado enfrentarse a su vulnerabilidad y resulta que está enfermo, y creo que fue la persona que más se identificó con el taller y hable y hable, porque tenía mucha necesidad de comunicación. Es que ese tipo de talleres y ejercicios resultan de mucha ayuda porque, sinceramente, las personas enfermas somos personas que tenemos una necesidad súper alta de comunicación, o sea, sentimos muchas cosas, mucho estrés, y al mismo tiempo como que la vida que llevábamos antes la estamos todo el tiempo reflexionando, y pues sí, fue un taller muy padre, ayudó a esas personas y fue interesante. Fueron ejercicios que armé de todas mis lecturas, o sea, Wisława Szymborska, Sabines, todo, todo lo que había leído en muchos años y se pudo armar algo padre. Es una forma de ya no verte tú como



la enfermedad, sino ver que la enfermedad es parte de ti mismo, es algo que ya va a estar acompañándote.

*¿Qué autores o lecturas que te han influenciado acerca del tema de la enfermedad nos puedes recomendar?*

Pues está yo creo que, de cabecera, el ensayo *De la enfermedad* de Virginia Woolf, que ahí es donde explica todo esto de por qué en la literatura la enfermedad no es tan relevante, porque ella estuvo enferma toda su vida y, de hecho, de eso se murió. Y otro, ya en poesía, a mí a quien me ha gustado mucho leer ha sido Enrique Lihn, tiene su *Diario de muerte*, que fue uno de los poemas que escribió cuando se enfermó de cáncer, el pobre fue así de “te quedan seis meses de vida”. También leer a Sergio Loo, su *Operación a cuerpo enfermo* que, de hecho, están publicados muchos fragmentos de ese libro, y ya lo consigues en internet, está en el Blog Poesía Mexa que maneja creo que Luis Eduardo García. También recomiendo leer *Las metáforas de la enfermedad* de Sontag, que es otro básico.

Ya como entrándole a la enfermedad como tema político, está la *Teoría de la mujer enferma* de Johana Hedva, que reflexiona en cómo muchas veces la enfermedad misma es una construcción de las personas que están afuera, y lo hace mucho pensando en los temas de discapacidad. Que, por ejemplo, yo soy una discapacitada orgánica, pero es algo que todavía no está muy asimilado en México, como que no hemos ampliado nuestro horizonte de discapacidades, que bueno, ya no se usa el término *discapacidad*, sino *diversidad funcional*, que es algo relativamente nuevo en cuanto a las lecturas sociológicas que se hacen en torno a la enfermedad. También está *Games of Crohn*, diario de una internación de Leonor Silvestri, que fue alguien que me fue de mucha ayuda leerla, porque ella te enseña mucho cómo, como paciente, no tienes que ser siempre tan pasivo, tú también puedes aportar directamente a tu tratamiento; de hecho, yo soy una paciente que soy considerada conflictiva porque soy muy activa, me doy cuenta muy rápido de mis síntomas y de todo.

También está este libro de Òe Kenzaburō que para mí fue fundamental, fue un libro que necesité mucho, se llama *Una cuestión personal*, que le escribió a su hijo, y escribiendo un ensayo sobre él descubrí un libro de teoría literaria muy padre que se llama *Poéticas de la enfermedad* de Utrera Torremocha, y ella te explica todas estas construcciones que hay



de la enfermedad, del enfermo, que se han visto en la literatura, en libros como *La montaña mágica*, el libro de Susan Sontag. Éstos son los que se me vienen ahorita a la mente, hay varios, pero no me he dado a la tarea de sentarme y hacer un compilado de todo lo que he leído sobre enfermedad, porque es un tema que me apasionó desde que supe que estaba enferma y del que he investigado de una manera u otra.

Es un tema marginal en la misma literatura, algo que no es tratado, que no está bien visto muchas veces; de hecho, en mi ensayo de Ōe Kenzaburō yo explicaba que no es un tema común, no es un tema que sea bien visto que se trate en la escritura porque, ahorita no lo recuerdo, pero había un poeta inglés que hizo su diario sobre la enfermedad y él hablaba sobre eso, sobre cómo es un tema tan complejo y principalmente solitario, porque no es algo que comprendan tan fácilmente otras personas. De hecho, a mí me sorprende que mi libro esté allá afuera y que haya gente que lo quiere leer, porque es un tema difícil de tratar.

*Por último, ¿tienes algún mensaje para los lectores?*

Pues a mí me sorprende mucho que ya van en el número veintidós cuando yo participé en el número seis, en el tres; yo estuve como en los inicios de la revista y como que sí, me hace sentir vieja. Yo creo que los motivaría a que escriban de lo que están viviendo, de lo que los atraviesa sin temor, que no se preocupen por expectativas.

# El vacío brilla

Arely Jiménez

*Poeta, feminista y paciente renal*

Siempre me pregunté cómo sería este día  
acaricié con las yemas de mis dedos los nervios de tus manos  
me gustaba pensarte como un árbol  
ahora te veré en cada uno de ellos y tal vez sonría  
en el vacío está la luz, pienso  
vuelvo a la soledad como quien alquila una casa nueva  
el piso refleja la luz del sol  
el vacío brilla  
y una se emociona  
y piensa en las plantas, los muebles, algún cuadro  
quiero guardar en este poema tu mano  
la que tomé tantas veces en una camilla de hospital  
quiero guardar en este poema  
tus ojos  
pero sobre todo tu mano  
a la que me aferré cuando el líquido dializante  
se abría paso por mi cuerpo  
tibia y dolorosamente  
la mano que tomé antes de entrar al quirófano  
creo que quisiste llorar, dijiste muchas cosas  
pero no adiós  
no tenemos lenguaje para los finales  
el final no necesita palabras  
porque las palabras son puentes  
son excusas  
te sostienen cuando tienes un pie dentro de la muerte  
si no lo sabré yo  
y porque yo lo sabía perfectamente  
solo te besé  
y te dije gracias.



# Saliva

Alberto García

*Cirujano general IMSS*

**L**unes, pase de visita extenso, médicos, estudiantes y nosotras, impecables. Vamos cama por cama para conocer a todos los pacientes, como peregrinación detrás de los doctores y su grupo estorboso de estudiantes, alcanzándoles los expedientes de cada enfermo, entregándoles en la mano las carpetas metálicas con actitud servil seguido de un “sí, doctor”, casi ceremonial.

Todo es más tardado con los pacientes prolongados. Llevan semanas sin salir al sol. Conectados a los ventiladores ruidosos. Ventiladores que monótonamente los inflan y desinflan con cada respiración mecánica, dieciséis por minuto, porque así marcan las guías, sin pausas, salvo cuando nos sacan los sustos. Cuando intentan despertar, o bien, todo lo contrario, tratan de dormir para siempre. El ventilador activa las alarmas, la monotonía cesa de golpe, corremos a la habitación, aspiramos, conectamos y administramos bolos de sedantes, relajantes y analgésicos. Si aún no están consumidos por la hospitalización prolongada, logran sobreponerse a las complicaciones propias de la intubación. Si ya son cascarones que latan débilmente, simplemente no regresan, se marchan, liberados por fin de los monitores, de nosotras. Con las costillas fracturadas por las compresiones en el tórax, por los violentos intentos para reanimarlos. Se marchan machacados.

Los prolongados son los que tienen la garganta congestiva. Los que tienen agolpados en la boca los secretos en forma de saliva. Son los que se encuentran en la agonía perpetua del primer piso del hospital. Producen más saliva de lo habitual. Son sus últimos deseos, las innecesarias palabras de despedida. No hubo tiempo de decirlas. Palabras atoradas en sílabas de vapor dentro del tubo que llevan en la tráquea, sin posibilidad de salir, de cumplirse. Esas últimas palabras que suplican la muerte. Súplica truncada por la incapacidad sentimental de sus familiares de decir adiós. Una venganza como hijos, para algunos, por los malos tratos de la infancia. En otras ocasiones, una medida para ganar

tiempo, contactar a los abogados y preparar el circo legal para repartirse las ganancias una vez que suceda el evento principal. Sea cual sea la intención, todos piden con los ojos llorosos “hagan todo lo posible, lo que sea necesario”.

Y sus caprichos se vuelven órdenes; los doctores obedecen y nosotras ejecutamos. *Señorita, inicie infusión de aminas vasoactivas a 10 mililitros por hora. Señorita, no olvide colocar la sonda nasogástrica y cuantificar por turno los centímetros cúbicos de bilis espesa. Señorita, control estricto de líquidos y palmopercusiones cada seis horas para impedir que sus pulmones se llenen de agua. Señorita, no olvide alternar los analgésicos y dele prioridad a los sedantes y relajantes musculares, no queremos que despierte, no debe despertar, podría arrancarse el tubo de la boca con las últimas fuerzas y caer en paro cardiorrespiratorio. Que esté bajo hipnosis, que sus músculos no opongan resistencia a la máquina, que se deje inflar y desinflar a dieciséis respiraciones por minuto, como lo marcan las guías. Y lo más importante, señorita, limpiar las secreciones, recuerde que, si se acumulan suficientes, pueden tapar el flujo de aire y morir.*

Morir por lo que hicieron, por eso no tienen visitas. Tienen tanto que decir, siempre están llenos de secreciones. De no aspirarse cada dos horas morirían ahogados en arrepentimiento. Les han negado esa posibilidad, al menos por otras dos semanas. El tubo los mantendrá vivos, pero ha truncado todo esfuerzo por redimirse. Hasta que las bacterias del hospital decidan intervenir. Tantas secreciones son el escenario perfecto para la reproducción matemática de bacterias carroñeras que se alimentan de pacientes como ellos, abandonados. Son ellas las que también se encargarán de descomponer sus cuerpos en partículas más simples, en esporas que serán levantadas y llevadas hasta las vías respiratorias de hijos, esposas y amantes, y así, a través de respiraciones indirectas, serán liberados de los pecados que hicieron en vida.

Suenan las alarmas, un ventilador se detuvo: es el 1502. En las indicaciones se ordenó control gentil de secreciones cada dos horas. No pasará de la noche, y, en un frasco de aspiración, quedará espesa y roja su inútil despedida.

# Tercer tercio

Mariana Viveros Ventura

Egresada de la Facultad de Teatro UV

José reposaba en su amplia cama bajo un montón de pañuelos blancos, tantos, quizá, como los que inundaban la Real Maestranza después de sus magistrales estocadas. Tenía una gripe atroz, así que no pudo torear en Cádiz la tarde anterior.

Llevaba días postrado como un agonizante; ya no soportaba tanta debilidad, tanta fiebre y ese zumbido de insecto gigante dentro de su cabeza cada vez que estornudaba.

Vestido con el pantalón azul del pijama, se levantó para estirar las piernas. Caminó hacia el ventanal y bruscamente abrió las portillas de vidrio. Aire. Una fresca ráfaga llenó sus pulmones; aire limpio de los campos andaluces, nada que ver con el vapor medicamentoso que flotaba en la alcoba. Espabilado, se dirigió a la mesita de noche y tomó el periódico. Leyó los titulares: dos toreros cornados en Cádiz. Tuvieron que suspender porque fueron cornadas graves, de hecho, el primer espada estuvo a punto de perder un ojo.

Respiró aliviado. Ese resfriado le había salvado la vida, pensó cínicamente, pero una nube oscura se extendió en su mente: ¿no habría sido mejor estar en el ruedo y recibir el honor de una cornada? Porque así como el torero clava la espada para glorificar al animal, para convertirlo en ofrenda de dioses, también resulta bendecido cuando el astado hiere.

La carrera de José iba cuesta abajo, no era novedad. Su apoderado recurría al amiguismo, incluso al soborno para conseguirle espacio en el cartel de algún festejo medianamente decente, por eso le gritó furioso al teléfono: “¡Me cago en tus muertos, *joputa!*”, cuando decidió no torear en Cádiz.

A los diecisiete saltó como espontáneo al ruedo de la Malagueta y desde entonces no hubo peña taurina donde no hablaran de sus hazañas con el capote. José Carmona, hijo de gitano y paya, “entreverao”, como decían los viejos patriarcas, fue leyenda muy chaval en su barrio



Palma Palmilla, que pronto le quedó chico. Partió hacia Madrid a los diecinueve.

“Madrid te da la fama y Sevilla la gloria”, decía la nota escrita por su padre al reverso de una estampa de La Esperanza; prefirió despedirse así para no verlo marcharse.

Sólo tomó dos años volverse cabeza de cartel en las novilladas. Para los veintidós ya tomaba la alternativa en Las Ventas apadrinado por un matador francés afincado en Sevilla. Le esperaba San Isidro con su feria y así, en poco tiempo, cortó muchas orejas y vio sus bolsillos llenarse de pesetas, luego de euros con los que cumplió sueños cutres como pasear por la Gran Vía en un Lamborghini Islero escuchando *Soy Gitano* hasta reventar altavoces. Anillos. Medallas de la Esperanza (ridículamente, las besaba antes de acelerar). Recias dosis de “caballo”; primeros pasos hacia el abismo.

Cuando se acabaron los carteles madrileños, Carmona se mudó a Sevilla en busca de la gloria, porque la fama era cima conquistada. Adquirió un piso cerca de la Alameda y un cortijo en Camas. Los excesos citadinos lo acompañaron a provincia, al campo mismo; ahí dejan de ser *chic*. La droga debe ocultarse bajo la alfombra, más aun tratándose de toreros. Esos héroes sólo se embriagan de Rioja y manzanilla, creen algunos nostálgicos.

Arrojó el periódico. Para qué quería estar intacto llevando una vida tan miserable. Hubiera dado ambos ojos por ser invitado con genuina alegría al festejo de Cádiz, como al principio. El intento de reivindicarse después de estar tres años sin pisar un ruedo (a causa de un infarto que le sobrevino después de una sobredosis) había sido un rotundo y absurdo fracaso. *Cancela participación por enfermedad.*

Entonces vino a su mente el recuerdo luminoso de su primer triunfo en la Real Maestranza. Sevilla estaba de feria; él torearía en la corrida inaugural, por eso vestiría el más bello traje, grana y oro, con unos bordados arabescos, exquisitos, que recordaban las grecas de la Alhambra. Parecía la reencarnación de un sultán nazarí. Cuando estuvo listo, se santiguó frente a la Esperanza de Triana: “Dios te salve, Esperanza, llena de gracia y dulzura...”. Y como el sultán que era, subió a su fastuoso automóvil, capote de paseíllo al hombro.

La plaza estaba a tope. Pañoletas y sombreros por todo el grade-río; bellas muchachas vestidas de flamenca abanicándose. Rumoraban que la misma Infanta se encontraba ahí.

Digna de la nobleza fue aquella faena. Buenos lances con el capote, sin duda, pero lo que realmente sorprendió al público fue su colocada de banderillas, algo inusual, puesto que los matadores dejan a los subalternos hacerlo por ellos. Muleta maja, espada quirúrgica.

Orejas y salida a hombros por la Puerta del Príncipe, más cincuenta mil euros en su cuenta corriente, claro, de los cuales treinta mil eran fruto de la publicidad y el trabajo del apoderado, mientras que el resto provenía de apuestas clandestinas movidas desde los corrillos taurinos más selectos hasta los bloques del Polígono Sur. José se desenvolvía cómodamente en ese mundillo.

El recuerdo se fue como un fundido en negro hasta volver a reconocerse a sí mismo en esa amarga realidad. Deseó que la gripe fuese una enfermedad mortal, así se acabaría todo de una buena vez. Se sabía condenado a un futuro marcado por el escarnio público; ya no le valían cortijos ni cadenas de oro con medallas de vírgenes luciendo en su pecho marcado por el asta y el desamor.

En los negros ojos de José brilló la chispa de la determinación como hacía mucho no brillaba. Con paso felino caminó hacia el armario donde guardaba su mutilada colección de trajes de luces. Varias veces recurrió a vender o consignar piezas ante apuros económicos porque la fortuna se le fue como agua mientras estuvo sin torear. El único que permanecía íntegro en su percha acojinada era el grana y oro. Manteniendo esa índole parsimoniosa, se vistió con él. Mitra preparándose para un ritual de tauroctonía. Sol desafiante.

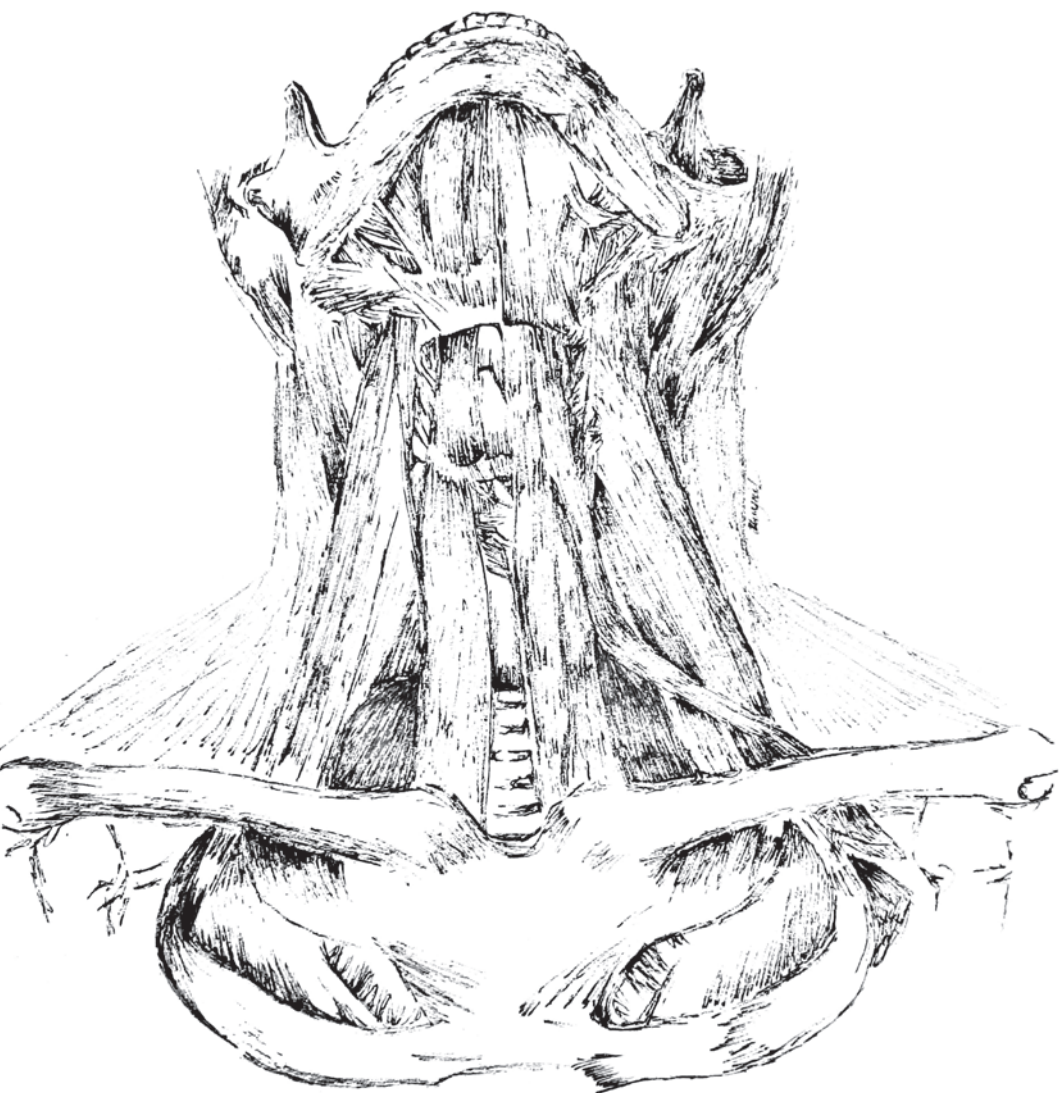
No había mozo que le calzara las medias o le atara los cordeles de la taleguilla... botón a botón hasta llegar a las relucientes zapatillas se fue transformando en sultán nazarí por mano propia. Buscó la maleta de cuero donde guardaba los trastos, espada, muleta y puntilla, pero sólo dejó afuera la espada.

Miró su imagen en el espejo. Era tremendamente hermoso.

*Bajo este sol abrasador y con algunas ráfagas de viento revolviendo la arena, vemos a José Carmona partiendo plaza; la afición está feliz por tener de regreso al torero estrella después de su larga ausencia. Luce el famoso traje grana y oro. Y empieza la faena ya por lo alto con estos lances de capote bien templados...*

José tensaba los brazos y los dejaba caer, relajados, como quien agita una sábana.

*...remata la serie con una verónica. Tercio de banderillas. Vamos a ver a Carmona colocando banderillas, algo que pocos matadores hacen hoy en día, pero*



*Asfixia 2*, Sarahi Abigail Villalobos Pérez.

*él insiste a pesar de aquel percance en Bilbao del que nos da cuentas la cicatriz en la mejilla...*

Bien plantado frente al espejo, a pies juntos, José clavaba al aire banderillas invisibles, aunque el corazón le latía igual que delante de un Miura.

*...la afición se enciende, ya corea fuerte los olés para José Carmona que clava el último par de banderillas. Mar de aplausos para el matador en esta faena que, si me permiten decirlo, es la mejor que le hemos visto. Toca esperar que cierre con broche de oro, de ser así, Carmona se perfilaría a ser el mejor torero de la temporada...*

Por las sienas escurrían gruesas líneas de sudor. Euforia agazapada. Era la última oportunidad de dejar en el mundo esa huella que plasmó siempre a medias: la dignidad.

“Dios te salve, Esperanza, llena de gracia y dulzura”.

*...Carmona se quita la montera para brindar su faena de muleta al público, que le retribuye en aplausos. La coloca en el suelo con los machos hacia abajo, prefiere no tentar a la suerte. Empieza con una serie de naturales a buen ritmo, abriendo camino; vemos que el derecho es su mejor lado. Pase de pecho; limpia la muleta. Ahora, circulares. Toreo profundo, toreo vistoso; la afición se le entrega. Como haya espada, la Puerta del Príncipe se abrirá esta tarde, claro que sí. Algunos rechazos bien puestos pero ya no hay mucha faena que sacar... Carmona tiene que matar bien sí o sí. Lo vemos con espada en mano. Silencio. Se perfila. ¡Vamos! ¡Qué estoconazo acaba de dar José Carmona! ¡Sin puntilla! Pone de pie al público que ya agita pañuelos blancos. ¡Y dobla! El presidente concede las dos orejas, pero la gente exige el rabo también, esto es una locura.*

El racimo de uvas que era su sangre se desgranaba desde el cuello hasta el pecho, donde se unía en una misma tonalidad con el grana del traje. La espada fue feroz.

*¡Orejas y rabo! Nuevamente se abre para José Carmona la Puerta del Príncipe, y también la de la gloria.*

# Enfermedad y parábola o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la pandemia

Jesús Ernesto Macías Gil

*Egresado de la Maestría en Filosofía UNAM*

*Casi todos los hombres mueren por sus remedios, no por sus enfermedades.*

Molière, *Le Malade Imaginaire*

PIROCROMO

37

#22

ENFERMEDAD

Una parábola es, en el ámbito de las letras y la literatura, una narración breve que expresa una lección sobre la vida moral; lo más común es pensar en ella como un recurso propio de las religiones, ya que algunas bien conocidas vienen directas de la tradición judeocristiana y del budismo. Para fines prácticos, pensemos pues en la parábola como una herramienta narrativa para la educación moral. Ésta es la forma en la que me parece que el doctor Samuel Ponce de León, médico y académico de la Facultad de Medicina de la UNAM, entendió el papel de la parábola y su valor en la analogía entre los problemas médicos y de salud pública, los dilemas éticos que éstos suscitan y la percepción que tenemos todos de sus causas y consecuencias.

Ejemplo de lo anterior es la observación de Ponce de León sobre la llegada del VIH a México y la narrativa desarrollada por grupos religiosos, en los que se pensaba en la enfermedad como un castigo divino. Sin embargo, la enfermedad como parábola no sólo aplica en los casos en los que la religión busque imponer dogmas a través del miedo y la culpa, sino en versiones más laicas y menos punitivas como lo que el profesor Ponce

llamó “La parábola del hombre sin brazos enfermo”, en la cual toma el caso de un hombre cuyas extremidades superiores fueron amputadas y, tiempo después, recibió un trasplante de ambos brazos en un esfuerzo admirable de nuevas técnicas para reemplazar miembros perdidos. En esta historia el hombre recibe el trasplante de forma exitosa, con la consecuencia de que, ahora, será un enfermo con inmunosupresión durante el resto de su vida.

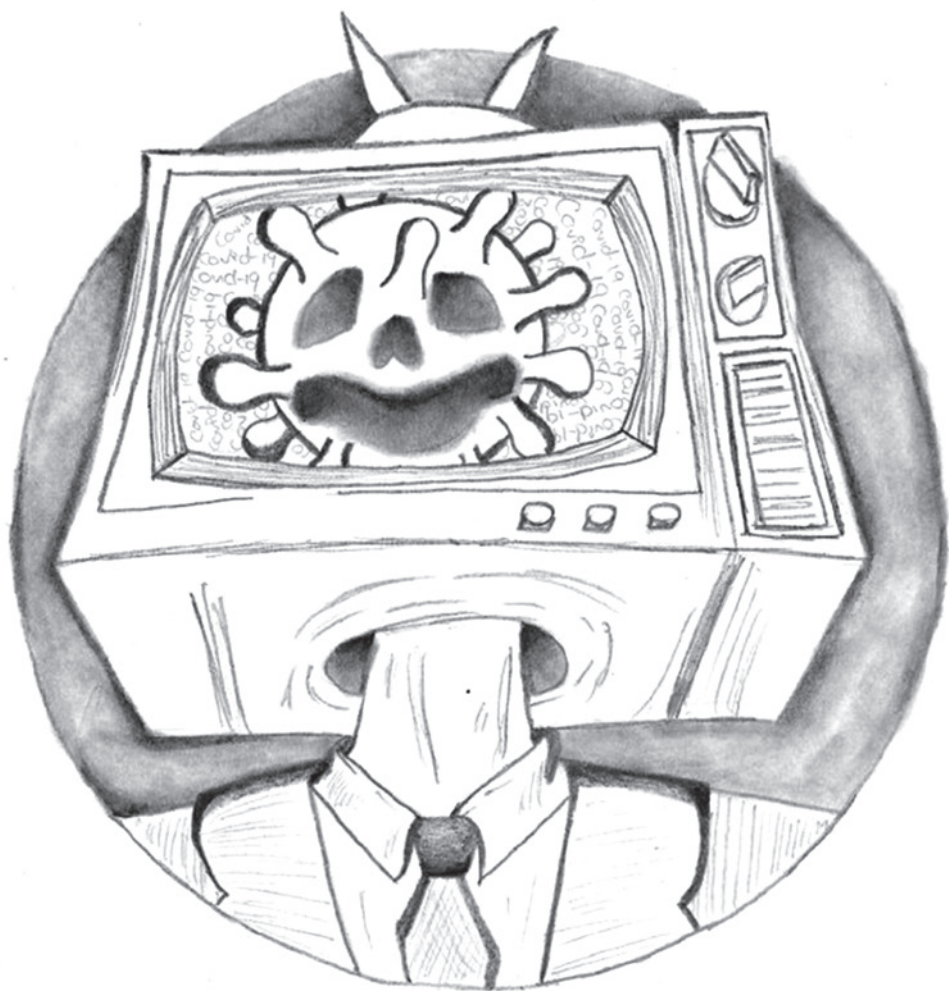
La parábola anterior arroja una lección moral sobre la iatrogenia, los límites de la experimentación médica, el valor de la salud y la delgada línea entre lo que parece saludable y lo que realmente es. En esta línea de reflexión narrativa es donde creo que cabe crear una parábola sobre la situación actual en el mundo y, acotando más, en México.

Pensemos, por ejemplo, en lo que todos hemos aprendido de forma personal durante el desarrollo de esta pandemia. Cuando se descubrió el virus COVID-19 pocos pudieron imaginar el impacto que éste tendría a nivel mundial. Si bien muchos pudimos imaginar una situación similar a la que se dio durante el 2009 con el brote de la influenza AH1N1, nos quedamos cortos en cuanto al alcance de la información, el impacto social y político, y las profundas huellas que dejaría en las personas esta nueva pandemia. Así pues, en estos meses hemos visto cómo la gente ha difundido información falsa, se ha documentado como nunca en su vida sobre temas de ciencia y política de salud pública, unos han aprendido a rezar, otros a buscar temas en revistas médicas indexadas. Ha habido casos de extremo altruismo y solidaridad, prudencia y sensatez, pero también de profundo egoísmo, ignorancia, estulticia y vesania.

La lección que la pandemia nos ha dejado sobre la condición humana es, en el mejor de los casos, agri dulce, por no decir gris y parca; no hay ya forma de contemplar al ser humano como bueno o malo por naturaleza, el realismo nos ha golpeado de frente la cara con síntomas respiratorios y sistemas de salud deficientes. No queda lugar ya para pretender que los seres humanos, como especie, tenemos un privilegio evolutivo más allá de la capacidad cognitiva y de autoconsciencia; cuando los padecimientos de especies tan poco desarrolladas en esos aspectos, como los quirópteros y los folídotos, quiebran al estilo de vida de los seres humanos, poco queda de ese orgullo antropocéntrico tan característico de nuestra especie.

Pero no quiero que se me malentienda, esto no es una exclamación derrotista o pesimista sobre la condición humana y la situación del





mundo; uno no pierde la fe en la humanidad sólo porque ésta se resfríe y no se tape la boca al estornudar, por el contrario, si hay ámbitos en los que se pueda mejorar, hay más espacio para el deseo de mejorarlos.

Aquí sólo trato de expresar una visión curiosa de lo que se puede aprender de uno mismo y de los demás de algo tan simple y poderoso como lo es la enfermedad. Basta verlo desde un punto de vista menos globalizado y más personal. Cuando uno se enferma de cálculos biliares puede ser derrotado en su salud por algo tan simple como unos pésimos hábitos alimenticios, una mala fortuna en la lotería genética y las terribles consecuencias del estilo de vida actual. Por otro lado, hay una valiosa lección sobre la nula evolución que nuestro sistema digestivo ha tenido, el cual no nos deja adaptarnos gracias a que tenemos un pequeño órgano vestigial colgando en nosotros, ¿debería hacerse la extracción por profilaxis?, ¿no somos esos seres tan perfectamente calibrados que creíamos?, ¿somos tan imperfectos que una mala alimentación puede matarnos, o somos tan perfectos que existen mecanismos para disuadirnos de tener hábitos mortales?

Todas esas preguntas, sus respuestas e implicaciones en la vida son un ejemplo más de cómo la enfermedad como parábola nos dice mucho más que las tragedias existenciales que nos heredaron los pensadores franceses del siglo pasado, pero también nos someten a una extraordinaria reflexión sobre los mismos. No es pues gratuito que se hable de una “nueva normalidad”, lo cual significa un cambio en el estilo de vida, de los hábitos de higiene, de los hábitos alimenticios, de la dinámica social y, quiero creer que, en la misma medida, en la forma de contemplarnos como personas y como sociedad, como individuos y como especie, como animales en un ecosistema cuasi infinito y como seres capaces de superar todo y a la vez tan vulnerables que el más mínimo cambio en el mundo puede ponernos en jaque.

Más allá de las posibles consecuencias bíblicas de que una enfermedad azote a todo el mundo, el valor mismo de la salud queda también colgando de un hilo al pensar en lo que nuestras prioridades nos impulsan a hacer en caso de enfermedad. Como en el ejemplo del hombre sin brazos, no queda claro del todo si es que como individuos valoramos más la salud y la vida que el *statu quo* o la satisfacción personal. También en esta parábola se desdibujan las líneas que formaban nuestro concepto de salud, sobre todo cuando tenemos oportunidad de observar personas muriendo con los pulmones cerrados y derruidos, mientras en

la cama de al lado hay otras lamentando no poder dar fin a su vida de confinamiento, o quienes se han visto afectados por la enfermedad de la violencia y la indiferencia.

Y esto supone algo interesante: ante la revelación, para muchos, de que la salud física es igual o incluso más frágil que la salud mental, ¿a cuál deberíamos dar prioridad? Pues no es que uno haya sentido alguna vez que el pánico no le dejaba salir de su casa, ni que escuchara voces, pero el preferir salir a arriesgar la salud física por no poder permanecer aislado, o no poder aceptar los hechos cuando éstos son presentados con tan fuerte evidencia, sólo por no soportar una situación desfavorable para su tren de vida, hacen pensar que uno tal vez debería darle un poco más de atención a esos asuntos sin resolver en su cabeza.

Finalmente, la moraleja de esta gran parábola pandémica, por lo menos como la he podido interpretar, es que cada cambio, sea en el cuerpo o en el mundo, puede dejarnos algo más que grandes y profundas cicatrices, y puede también ser el aliciente de una mejor comprensión de nosotros y de la realidad. La máxima socrática nunca había sido tan provechosa como ahora que tenemos acceso a la información necesaria para conocernos a nosotros mismos, no sólo mediante la introspección, sino en la causa de nuestra naturaleza, en la razón de nuestra psicología y del potencial y vulnerabilidad que tenemos.

# Cuando La Muerte visita

Enma Ai

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre*

La enfermedad es el resultado de que La Muerte visite una casa, aunque yo no recuerdo cuándo entró por la puerta aquella señora oscura y se puso cómoda en el sofá de la sala. Jamás pude ver su rostro, a pesar de los más de tres años que estuvo allí, esperando por algo, por alguien. El velo negro de encaje me recordaba vagamente a mi abuela, así como las manos huesudas que sostenían entre ellas un cayado negro y delgado.

Siempre fue muy callada cuando estuvo de visita en nuestra casa, pero creo que es porque planeó siempre quedarse mucho tiempo, no sólo un par de horas o unos días. Había escuchado que sus visitas podían ser aparatosas, caóticas; con gritos de desesperación y vajillas rotas. También escuché que a veces aparecía en la puerta y no entraba, o que mandaba notas para avisar que llegaría días antes de hacerlo.

Con nosotros fue espontánea; un día llegué de la escuela y ya estaba allí, no obstante, era tan discreta que nunca reparamos en ella. Se mantuvo de pie junto a la lámpara de la sala, apenas alisando una arruga sobre su falda o centrando el collar en su pecho. Era tan invisible para nosotros que mi mamá llegó a ponerle las bolsas del súper encima, o bien, yo pintaba a su lado sin notar que la manchaba de pintura.

Mis gatos fueron quienes la vieron primero, observándola con ojos dilatados, inmóviles, sentados en el suelo. Si había alguien de la familia que creyese en las supersticiones de la gente sobre la maldad de los gatos, dejó de hacerlo al ver la inmediata reacción de todos ellos cuando vieron a nuestra visita. Se escondieron por una semana en lo profundo de los clósets, cuando no se mantenían pegados a nuestras piernas y gruñían al acercarse a aquella señora, inmóvil y silenciosa.

Comenzamos a cambiar nuestra forma de vida poco después; evitando aquel sillón, evitando hablar demasiado alto para que no



*Enfermedad 2, Blanca Azucena Alcalá Gómez.*

nos oyese, dejando las bolsas del súper en el piso y, de vez en cuando, intentábamos ofrecerle una taza de café o de té. Queríamos, al menos, que estuviese cómoda, por miedo a lo que su agravio podría causarnos.

Habíamos escuchado que hacer enojar a La Muerte cuando te visita sólo puede resultar en desastre y, al tenerla por tanto tiempo estacionada en la sala, teníamos que hacer lo posible para mantenerla medianamente contenta. Mi mamá la sacudía cuando hacía limpieza, yo evitaba cubrirla con pintura y mis gatos dejaron de gruñirle para, solamente, mirarla de reojo de vez en vez.

Papá fue quien se dio a la tarea de cuidar de nuestra visitante; haciéndose su amigo, aceptándola. Le preguntaba sobre finanzas, le enseñaba fotos de la familia y, en las noches, cuando él creía que nadie escuchaba, le hacía una única petición:

—Dame un poco de tiempo.

“¿Tiempo para qué?”, me lo preguntaba durante mis clases de la mañana, en las horas de trabajo, antes de dormir, pero no supe responder a mi propia duda. Aparte, tiempo es lo que teníamos, dado que aquella mujer no parecía dispuesta a salir de la casa, en cambio, se entretenía con la plática de mi padre, viendo las fotos de la familia y aceptando las bebidas que le servía mi madre.

La Muerte pasó tanto tiempo en la casa que ella misma comenzó a recibir sus propias visitas, unas más placenteras que otras. La primera que recibió fue a La Melancolía, según recuerdo, vestida de azul pálido y un velo muy largo, tanto que no pudimos cerrar la puerta. Ella tocó todo, desde las bolsas de té en la alacena, hasta las cortinas. No sólo fue la primera, sino que también la visita más constante, dejando tras de sí su perfume dulce, con unas últimas notas amargas.

Otras tantas visitas siguieron, como Las Tristezas: una elegante con atuendo platino de estrella de Hollywood, con maquillaje perfecto, con manicura perfecta, y su hermana, siempre mal vestida, despeinada, con el rímel corrido y pegando alaridos estridentes cuando aparecía o se iba. Esas dos tenían sus integrantes de la familia favoritos. Por mi parte, en las mañanas me llevaba mejor con la hermana elegante, pero en las noches aceptaba la compañía de la hermana fachsosa, en la soledad de mi cuarto.

La peor de las visitas era La Furia, roja, desde las raíces del cabello hasta los tacones de aguja de charol. Ella era malvada. Nos hacía sentar



en la sala, secuestrándonos por días, quemando nuestras palabras y haciendo arder nuestras almas. La casa parecía Roma bajo el gobierno de Nerón. La Furia, a veces, se aferraba a alguno de nosotros, y no a todos, por lo que pasaba largas horas en la cocina, hablando con mi madre de los malos recuerdos, de los tiempos difíciles. A mí me buscaba a altas horas de la madrugada, cuando el insomnio me tenía por el cuello.

La presencia de todas esas visitas marchitó el jardín como una peste. Cubrió de polvo los muebles, pudrió la fruta, secó nuestras almas, pero a papá fue a quien peor le afectó. Perdió el poco pelo que le quedaba y los kilos extra que lo hacían ver como un oso. Lo hizo torpe, lo hizo lento y, durante los últimos meses, las visitas secuestraban su claridad a veces.

Aun cuando él se mudaba al hospital por largas semanas, ellas iban con flores a verlo; a vernos. En las noches, cuando dormía en el piso junto a la cama de papá, a veces aparecía La Tristeza fachosa, otras tantas La Melancolía y, cuando llegaba a un punto de quiebre, La Furia.

Conocí también, durante las horas en el piso frío del hospital, a una última visita: la nieta de La Muerte. Pequeña, molesta, siempre insistente... La Desesperación. Preguntaba cosas tontas, a veces inteligentes, pero lo hacía hasta quedarse sin aliento, hasta que mis oídos reventaban y ella parecía satisfecha. Me seguía por los pasillos llenos de camas con bultos, por los cuartos con olor a formol y las salas de espera con gente sin rastro de esperanza en los ojos. En esas caminatas por el hospital en la madrugada, la niña de trenzas largas solía asegurarme algo repetidamente:

—No hay lugar para La Esperanza aquí; esa prima mía no tiene lugar en un hospital.

Cuando volvíamos a casa de las estancias en el hospital, La Muerte seguía allí, en el sofá. Ella saludaba con una inclinación de cabeza a mi padre, a su amigo, y a mí... a mí jamás me decía nada.

El día que se marchó, no estábamos en casa, estábamos en el hospital, junto a La Desesperación, junto a La Melancolía. Llevábamos poco más de un día allí. La tarde anterior, mi hermano había llamado al trabajo, me había hecho salir de allí, con el corazón en la mano, pero aseguró que La Muerte seguía en el sofá, tan tranquila como siempre, con su té en la mano, con su velo perfectamente planchado. A la tarde siguiente, no obstante, ella ya se había ido, con lo que había ido a buscar a mi casa, con mi papá.

# La heredera

Nitzhui Morales Pineda

*Tesista en la Lic. en Filosofía UNAM*

**C**on el pulgar y el dedo índice, papá prensa la orilla de su calcetín negro y lo jala hacia abajo. Me hace una seña para que me acerque. Yo me aproximo a él para ver mejor. Entonces papá me enseña su pantorrilla con naturalidad, como quien muestra las fichas de dominó con las que no acertó a ganar. Yo me quedo horrorizada. Papá, en cambio, está tranquilo, imperturbable. La piel de su pantorrilla parece una tela finísima que en algunos lugares se rompe y supura. Tiene llagas que segregan diminutos fragmentos de color rojo que destellan a la luz del sol.

—Parece diamantina —me dice y vuelve a ocultar su piel debajo del calcetín.

No digo nada. Estoy asustada y comienzo a sentir que por mi cuerpo reptan la angustia y el miedo. Yo sabía que este momento tendría que llegar. Pero no quise torturarme imaginando el día en que yo presenciaría la degeneración de papá. Ese día ha llegado y me encuentra imbécil, muda, temblorosa. Después de algunos minutos, las palabras vuelven a mí.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunto, pero al instante comprendo que es una pregunta muy tonta y me arrepiento de haberla formulado.

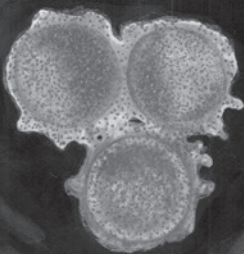
—Pues nada, esperar —me responde sin sentirse ofendido, como todo buen padre que pacientemente contesta las dudas absurdas de sus hijos. Esperar, sí, es lo único que queda. Esperar con el corazón encogido, tronándome los dedos, mordiendo estas uñas que siempre tienen los bordes irregulares y frágiles de tanto arrancarlas con los dientes.

Papá y yo continuamos caminando en silencio. Nos dirigimos a la parada del camión. Hasta hace unos minutos, los dos desayunába-

mos en un restaurante. Él, como cada vez que visitamos ese local, ordenó huevos a la cazuela que acompañó con jocoque y pan pita. Yo no sé de dónde le venga a papá ese gusto oriental por el pan pita que unta de cremoso jocoque y saborea como un manjar. Un gusto que, entre otras cosas, me heredó. Porque no sólo se heredan las propiedades, las fortunas o las deudas; también se heredan ciertas afinidades y aversiones, ciertos gestos, cierto timbre de voz o cierta manera de contonearse al andar. De igual forma se heredan las enfermedades. Papá me heredó su enfermedad, y toda la vida se ha lamentado de ello. Nunca me lo ha dicho, pero yo he podido adivinarlo por la forma en que a veces me mira, como pidiéndome perdón. Pero yo no tengo nada que perdonarte, papá, la genética es un lanzamiento de dados y tú no eres culpable de este azar que nos jugó la vida con mala cara. Nadie quiere dejar como herencia una enfermedad. Mi abuelo tampoco quiso que su hijo menor llegara a padecer lo que él: la amputación de una pierna y la irreversible neblina de la ceguera. Pero quizá, papá, es lo que el porvenir nos depara: sentir cosquilleos en el brazo o en la pierna que no tendremos. O tal vez despertaremos un día y advertiremos que únicamente percibimos una especie de niebla color azul, tal como al abuelo le sucedió. Azul como la libreta que me regalaste en mi cumpleaños o como la portada del manual para aprender braille que recién compré para prevenirme, papá, porque dejar de leer me parece absurdo. Me rehúso a dejar de leer, aunque ya no pueda hacerlo con los ojos y tenga que utilizar las yemas de los dedos, acariciando una página con relieves que simulan cordilleras de países diminutos.

—Qué azul está el cielo hoy —digo para fingir tranquilidad y para que papá no sospeche que tiene una hija frágil al igual que sus uñas, una hija que se desmorona como castillo de arena cada que sopla el viento.

Papá alza la vista y empuja con un dedo el puente de sus anteojos que reposa sobre su nariz. Los cristales de sus anteojos son gruesos, nueve dioptrías que son imposibles de disimular. A mis veinte años tengo siete dioptrías, más de las que tenía papá a mi edad. Por lo cual infiero que yo me quedaré ciega antes que él y mi piel expelerá diamantina roja. Esa misma diamantina que se utiliza para decorar los vestidos de moda, y que luego las chicas guapas usan para irse de fiesta. Yo nunca he utilizado vestidos así porque la diamantina me parece un preámbulo de la muerte.



—Está muy despejado, no parece que estuviéramos en la ciudad —me dice papá después de haber examinado el cielo que se extiende sobre nosotros.

Papá camina despacio porque realizar cualquier actividad, por mínima que sea, le cuesta un gran esfuerzo. Dado que respira con dificultad, de vez en cuando pongo su mano sobre mi hombro para que se apoye en mí. No me queda más que ser el bastón de un hombre enfermo, así como papá fue mi sostén cuando yo era pequeña y di mis primeros pasos en una plaza llena de palomas grises que picoteaban el suelo en busca de migajas de pan.

Subimos por una calle empinada. Miro a papá de reojo, está cansado, pero parece feliz. Por un instante siento que es mi hijo y que lo llevo a su primer día de clases, oliendo a ropa nueva. “Quédate aquí, papá, por la tarde regresaré por ti. Tienes que aprender muy bien el abecedario porque así podrás leer. Y cuando tengas una hija le leerás cuentos, le enseñarás que un libro también puede ser un cómplice, un conspirador que atenta contra el orden de las cosas”, le diría a mi padre-hijo antes de cruzar la entrada de la escuela.

—Espera, deja que tome un poco de aire —papá me ruega jadeante.

Nos arrimamos debajo de un eucalipto frondoso que nos brinda su sombra. Aprovecha para respirar tranquilamente, inhalando y exhalando con parsimonia. No puedo olvidar las horrendas llagas de mi padre. A causa del temor que me provoca la enfermedad, le confieso:

—Estoy aprendiendo braille, papá.

Su semblante cambia, se entristece. Mi nuevo aprendizaje le recuerda la herencia que me ha dejado. La culpa lo invade. No era mi intención entristecerlo, pero no sé cómo remediar la situación. Siempre me sucede que en momentos clave pierdo el lenguaje, me convierto en una extranjera que no sabe expresarse en un idioma ajeno. Por fortuna papá es una persona sabia y comprende que no he querido herirlo.

—Es muy útil, muy útil... —murmura apenas.

¿Útil para qué, papá? Si voy a ser ciega, lo último de lo que tendría que preocuparme es de seguir dedicando mi vida al insensato ejercicio de la literatura. Eso es lo que pienso, pero no lo digo en voz alta porque sé que la ceguera no es la peor parte de la enfermedad. Antes de que mis ojos fallen, mi piel se cuarteará y se abrirá dejando al descubierto la carne viva. La piel lastimada me arderá tanto como

si estuviera en medio de una hoguera. Y como no hay cura, porque ésta es una enfermedad degenerativa, paulatinamente mis extremidades se volverán negras y frías. Moriré por fragmentos y el bisturí me separará de las partes de mi cuerpo que hayan muerto. Al igual que le ocurrió al abuelo, a quien papá tuvo que llevar al hospital para que le amputaran una pierna. Y así como mi papá vivió la degeneración de mi abuelo debido a la enfermedad, también yo seré espectadora de la degeneración de mi padre. *Enfermedades degenerativas*. Ignoro quién las nombró de esa manera, pero me parece repugnante. El cuerpo enferma y se debilita en medio del malestar y del dolor. Es cierto que decaemos, pero no nos convertimos en otra cosa que no sea un cuerpo enfermo. No degeneramos en plancton o en amiba, por ejemplo.

—Estoy listo, continuemos —me dice papá y de buena gana emprende el paso.

Ahora que papá se ha recuperado, camina con más vigor. Estamos a una cuadra de llegar a la parada del camión. Yo también cobro ánimos y andar me resulta fascinante porque mis piernas me responden, son fuertes y aún faltan algunos años para que comiencen a fallar. Las piernas de mi abuelo, según cuenta mi padre, también eran fuertes. El abuelo en su juventud era un hábil corredor, un atleta. Por eso cuando le amputaron la pierna derecha, algo en mi abuelo terminó por derrumbarse. Murió una semana después. Me viene a la memoria una frase que leí anoche: “Los únicos seres completos son los mutilados”, escribió Tita Valencia. Quizá así sea. De tal modo que para ser más fuerte tengo que quebrarme; para ser más sana, tengo que padecer la enfermedad; para estar más completa, tengo que fragmentarme. Quiero aferrarme a esa creencia porque me mantiene bordeando el abismo sin sentir vértigo, aunque no me salve de la caída ni me vuelva inmune. ¿Acaso no todas las creencias cumplen con ese cometido?

Hemos llegado a la parada del camión. Papá y yo nos abrazamos, nos despedimos. Le agradezco por el desayuno y él me dice que lo ha disfrutado mucho, que los huevos a la cazuela siempre son deliciosos en ese restaurante. Me dice que ojalá podamos volver a desayunar juntos. Le digo que sí, me encantaría. El sol está en lo alto, papá me sonríe y yo experimento algo parecido a la felicidad. El camión se acerca. Levanta el brazo para hacer la parada. El camión se detiene frente a nosotros. Sube los escalones del vehículo lentamente. Antes de que el camión arranque,



papá alcanza a agitar su mano en señal de despedida. Le regreso el saludo y el chofer se apresura a arrancar.

Dirijo mi mirada al suelo. Observo que en la acera quedan fragmentos rojos que relucen a la luz del sol, diamantina que segregan las llagas de la pantorrilla de papá y que segregaré yo también cuando llegue el momento de internarme dentro de una espesa niebla azul cobalto. Porque muchos podrán jactarse de heredar fortunas, pero yo me jacto de haber heredado la premonición de la ceguera, un entrenamiento para ejercer esa particular vocación de habitar las tinieblas.

# ÍNDICE DE IMÁGENES



*Asfixia*  
Sarahi Abigail  
Villalobos Pérez

7



*Hanahaki*  
Rosalinda Arévalo

9

PIROCROMO

52

#22

ENFERMEDAD



*Historia de una pandemia*  
Diablo

12



*Inmunidad*

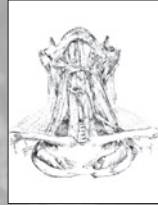
Grecia Gabriela Perales Pablo

20



*Outlast*  
Tüliharju

27



*Asfixia 2*  
Sarahi Abigail  
Villalobos Pérez

33



*Última noticia*  
Melady Velcruz

37



*Enfermedad 2*  
Blanca Azucena  
Alcalá Gómez

41



*La enfermedad como vínculo*  
Óscar Gerardo Rojas Dueñez

46